

creencia de Gorgas, de que el vómito negro puede ser desterrado de la faz de la tierra.

Justo y merecido en verdad, pues, el tributo a los sabios y voluntarios que ofrecieron sus mejores esfuerzos y hasta su vida para librar al mundo de ese azote tropical: a Finlay, que predicó, verdaderamente en el desierto, desde 1881 hasta ver cumplidas sus profecías en 1900, a Carter, el del certero ojo clínico, a Reed, Lazear, Carroll, y Agramonte, que pusieron el sello de la certeza a la teoría del mosquito, a los 22 soldados estadounidenses que ofrecieron sus cuerpos a la investigación y quizás a la muerte, a Gorgas y Oswaldo Cruz y Licéaga, para no nombrar más que a los fenecidos, que supieron poner en práctica con fe inquebrantable las nuevas adquisiciones científicas, y a toda esa legión de hombres de ciencia e higienistas, incluso los malogrados Balfour y Noguchi, y muchos más, por fortuna aun entre los vivos, que, marchando en las huellas de los desaparecidos, han mantenido el pendón en alto y la fiebre amarilla a raya.

A los institutos dedicados a la memoria de Oswaldo Cruz en Río, Gorgas en Panamá y Finlay en la Habana, únese ahora el homenaje solemne de los Estados Unidos.

LA ENFERMERA VISITADORA

Se ha dicho con bastante fundamento que—si exceptuamos la medicina preventiva y la higiene infantil—cabe dudar si todos los adelantos médicos y quirúrgicos en conjunto han salvado tantas vidas humanas como la reforma en el cuidado de los enfermos, iniciada por esa protagonista del humanitarismo: Florence Nightingale.

De todas las modernas instituciones dedicadas al socorro de los sufrimientos humanos, la enfermera visitadora es la que probablemente disfruta de mayor confianza y recibe más gratitud de parte de los desvalidos y los inválidos, pues por la misma naturaleza de su labor, penetra hasta el corazón de los problemas más recónditos del hogar. Mediante sus enseñanzas objetivas, puede producir una impresión radical y hasta transformar por completo el horizonte de una familia, constituyendo realmente la vanguardia de la higiene y el auxiliar más poderoso con que cuenta el médico de sanidad en lo tocante a llevar su mensaje al seno de la familia. De todos los infortunios, ninguno excede a la enfermedad, pues priva de su fuerza tanto física como moral hasta a los seres dotados de más robustez y entereza. Por una paradoja, es precisamente esa situación deprimente que ofrece ocasión de demostrar cuánto puede la higiene, lanzando sus rayos luminosos donde reinan las tinieblas.

Tomemos por ejemplo esos muchos casos de mortalidad infantil en que los pequeños sucumben porque la madre no sabe alimentarlos

y criarlos. La enfermera, compenetrada de los conocimientos modernos, puede hacer mucho poniendo en práctica, los consejos del médico, y haciendo que éstos sean aplicados de un modo inteligente. Una de las principales causas de la mortalidad infantil son las enteritis, y la mayor parte de éstas proceden de una alimentación impropia. El enseñar a la madre a preparar el alimento apropiado basta a menudo para subtraer a muchos de esos pobrecitos, de las garras de la muerte.

Consideremos luego esa fase tan importante de toda campaña anti-higiénica: la sanidad rural. No hay unidad completa de higiene rural sin una o más enfermeras. A ellas les corresponden las visitas a las escuelas, el ayudar en las vacunaciones e inoculaciones y en los trabajos de oficina, las visitas domiciliarias en los casos de enfermedades transmisibles, el predicar la higiene *en petit comité*, y en fin, todas esas mil tareas semisociales, de tanta transcendencia y que, sin embargo, no puede echarse encima el médico.

Un papel igualmente notable les toca en otras enfermedades infecciosas, digamos la tuberculosis, la tifoidea, la escarlatina, la difteria. Apenas si hay campo de la vida humana sobre el cual no haya la visitadora contemporánea esparcido en los últimos años el resplandor de sus servicios. Un estudio realizado en 14 comunidades urbanas así como rurales de los Estados Unidos puso de manifiesto las siguientes labores de enfermería: asistencia a la maternidad, incluso prenatal, puerperal y postpuerperal; cuidado de los lactantes; protección pre-escolar (párvulos) incluso ortopedia y alimentación; enfermería escolar; asistencia médicoquirúrgica general; asistencia de casos de enfermedades transmisibles, incluso tuberculosis y mal venéreo; enseñanza de higiene; higiene industrial y profesional; cuidado de enfermos crónicos; e higiene mental.

Es por eso que se van creando en todos los países americanos escuelas de enfermería y que en la mayoría de los Estados de la Unión americana se han establecido oficinas o divisiones de enfermería. Don Bernardino Rivadavia declaró en una ocasión solemne que, al crear la benemérita Sociedad de Beneficencia de la Argentina, quería "introducir a la mujer en la vida pública por las puertas de la caridad." Esa misión de aliviar el dolor humano que anticipara el notable estadista del Río de la Plata ha sido realizada, en forma aun más sabia y eficaz, por las "misioneras de salud" que creara Florence Nightingale.

Y mucho como ha realizado la enfermería higiénica, esa institución hállese todavía en su infancia. La enfermería comenzó el mismo día en que el hombre comenzó a salir de las tinieblas de la ignorancia y el barbarismo y la religión le dulcificaron el presente además de ofrecerle un futuro. Todo indica que a medida que la civilización avanza, ampliará su esfera de acción y su eficacia.